

MUJICA LAINEZ Y LOS OBJETOS

JULITA IRIARTE ARISTU
Universidad de Navarra

Un aspecto llamativo en la obra narrativa del escritor argentino Manuel Mujica Lainez (1910) es la importancia que concede a los objetos¹. Dice el perro Cecil en la autobiografía novelada del mismo título:

Lo primero que advertí, en su penumbra interior, fue la jerarquía esencial que concede a los objetos. Quizás crea en ellos más que en las personas. Entiendo que ha subrayado esa relación en alguno de sus libros. Los objetos le preocupan, y no obstante el largo tiempo transcurrido desde que empezó a interesarse por ellos, continúan hechizándolo².

Desde su adolescencia parisiense comienza el escritor a interesarse por los objetos y a coleccionarlos. En 1937 ingresa como funcionario en el Museo Nacional de Arte Decorativo de Buenos Aires y allí tuvo ocasión de cultivar esta incipiente afición a los objetos:

¹ Esta presencia de los objetos en la obra del escritor ha sido subrayada por casi todos sus estudiosos: Jorge CRUZ titula «La vigilia de los objetos» uno de los breves capitulillos de su obra *Genio y figura de Manuel Mujica Lainez*, Buenos Aires, Eudeba, 1978, pp. 11-14. Eduardo FONT, en su estudio *Realidad y fantasía en la narrativa de Manuel Mujica Lainez*, Madrid, Eds. Porrúa Turanzas, 1976, p. 144, al analizar las constantes de la narrativa de Mujica Lainez, afirma: «otro elemento (...) es la percepción de los objetos como cargados de vida anímica y sensible».

² *Cecil*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972, p. 23.

Fue aquel un decenio especialmente afortunado para mí: un decenio durante el cual, día a día, evolucioné en el mundo alucinante de los objetos, como otro Alí Babá en la fosforescencia de la gruta³.

Mujica Lainez ha ido reuniendo infinidad de objetos en sus numerosos viajes por casi todos los países del mundo y los ha instalado en su casa-museo «El Paraíso», ubicada en la sierra de Córdoba, donde reside desde 1969:

Una de las singularidades de «El Paraíso» —dice en su «Album»— ha sido la forma en que mis objetos se adecuaron a él. Cada uno fue, sin vacilar, al sitio que le correspondía, como si yo lo hubiese adquirido para ese lugar⁴.

Este interés por los objetos es patente desde el comienzo de su obra literaria y se refleja en la abundancia con que se decoran los interiores en que transcurren sus obras que suelen estar llenos de objetos artísticos: cuadros, adornos, estatuas. En el cuento titulado «El coleccionista» (perteneciente a la recopilación *Aquí vivieron*) el protagonista se jacta de haber decorado su quinta de San Isidro con objetos artísticos. En la misma recopilación, en el cuento titulado «El dominó amarillo», aparecen las colecciones de objetos valiosos de don Diego Ponce de León. Los coleccionistas son personajes frecuentes en la obra del escritor. Un ejemplo es el del tío Paco, obseso coleccionista de pisapapeles de vidrio en *La casa*. Para Pier Francesco Orsini, duque de Bomarzo, sus colecciones son una forma de evasión, «una distracción, una droga para postergar mis ansiedades»⁵, una manera de olvidarse de su vida cotidiana: «Perdido en el bosque de los objetos, olvidaría la selva de los hombres»⁶.

A veces los objetos adquieren categoría de protagonistas: un brazalete es el protagonista del cuento titulado «La pulsera de cascabeles», de *Misteriosa Buenos Aires*. Un ejemplar de *El Quijote* lo es en «El libro», perteneciente a la misma colección.

En «El cofre», cuento de *Aquí vivieron*, un objeto, un cofre, es el desencadenante de la tragedia y destroza el cuerpo de Miguel, uno de los muchachos protagonistas. En «El arzobispo de Samos», de *Misteriosa Buenos Aires*, el objeto que adquiere importancia es un

³ «Recepción académica», en *Páginas de Manuel Mujica Lainez seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1982, p. 109.

⁴ Jorge CRUZ, *Genio y figura de Manuel Mujica Lainez*, op. cit., p. 151.

⁵ Bomarzo, Barcelona, Planeta, 1980, p. 485. (La novela es de 1962.)

⁶ *Ibid.*

anillo con el que huye Walter, el paje del arzobispo, que le gangrena los brazos y una pierna y acaba arrojándolo.

Los objetos son también a veces una presencia misteriosa: un espejo en «El espejo desordenado», de *Misteriosa Buenos Aires*, encierra para el judío Simón del Rey algo secreto que no acierta a explicarse. Un espejo también es el centro del cuento titulado «Narciso», del libro *El brazalete y otros cuentos*: «Serafín no otorgaba importancia a nada que no fuese su espejo»⁷.

Los objetos, las joyas, son a veces signos identificadores de las personas: en «El brazalete» (de *El brazalete y otros cuentos*), una mujer tenía un brazalete que había contribuido a su fama tanto como su nombre y su hermosura. Como el cofre, el brazalete acarrea mala suerte a sus poseedores; había pertenecido a mujeres que acabaron trágicamente o tuvieron alguna desgracia.

En «El retrato», de *El brazalete y otros cuentos*, un cuadro, «El retrato de un arquitecto», cambia el panorama de una casa bonaerense.

Los objetos artísticos adquieren en *Bomarzo* una importancia excepcional, el escritor contagia al protagonista —Pier Francesco Orsini— su «pasión por los objetos»⁸ y hay en la novela muchas reflexiones sobre las extrañas alianzas que se establecen entre los objetos y las personas es las que se ve que los objetos no son algo inerte, pasivo, sino que tienen vida, alma:

Las cosas, de las cuales se afirma que carecen de alma, son dueñas de secretos profundos que se imprimen en ellas y les crean un modo de almas, especialísimo, desbordan de secretos, de mensajes, y, como no pueden comunicarlos sino a los seres escogidos, se vuelven, con el andar de los años, extrañas, irreales, casi pensativas. Hablamos de pátina, de pulimento, del matiz de las centurias, el referirnos a ellas, y no se nos ocurre hablar de alma. La armadura de Bomarzo tiene alma⁹.

Los objetos son capaces de amar a sus poseedores. Cuando Pier Francesco construye su subterráneo en el castillo de Bomarzo y reúne allí sus extrañas colecciones se afirma:

Cuanto le circuía le era adicto, con el amor sutil que las cosas sienten por quienes las han elegido, y que establece entre unos y otros una esotérica unión¹⁰.

⁷ *El brazalete y otros cuentos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, p. 11.

⁸ *Bomarzo*, op. cit., p. 367.

⁹ *Ibíd.*, p. 47.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 491.

Las enumeraciones de objetos artísticos son un rasgo muy frecuente en la narrativa de Manuel Mujica Lainez¹¹.

Una de las características que subraya Mujica Lainez en los objetos es su fidelidad, su presencia continua al lado del hombre:

En el comedor Don Boni hablaba de los objetos.
—A esta altura de la vida —dijo— no creo en más fidelidad que la de los objetos. Son los únicos fieles, los únicos que no traicionan. Nos acompañan, se solidarizan con nosotros, son parte de nosotros mismos¹².

Pero el rango más importante que el escritor ha concedido a los objetos es hacerlos narradores en algunas de sus obras. Y éste es uno de los aspectos en que reside la originalidad de la novelística de Manuel Mujica Lainez. A lo más que estábamos acostumbrados es a que hablaran los animales en las fábulas. En la novela, la tradición se inicia con *El coloquio de los perros*, de Cervantes. En *Flush* (1933), de Virginia Woolf, el protagonista es un perro y en *Cecil* (1972), del propio Mujica Lainez, un perro es el narrador. En la narrativa hispanoamericana ya había antecedentes de perros habladores en *Los perros hambrientos* (1938), del peruano Ciro Alegría. Pero es original el hecho de hacer hablar a los objetos. Es una manera de rendirles culto por parte del escritor que siempre fue aficionado a ellos.

En *Misteriosa Buenos Aires* (1950), el cuento titulado «Memorias de Pablo y Virginia» está narrado por un libro, una traducción castellana de la obra *Paul et Virginie*, de Bernardin de Saint-Pierre:

En efecto: ser Pablo y Virginia encerraba sus dificultades, pero serlo en castellano, con eso de bastardo que toda traducción acarrea, es aún más penoso¹³.

Es el libro quien nos va contando en primera persona la historia de todos sus poseedores: el lord Gerald Dunstanville, el boticario Publio Virgilio Muñoz, Graciela, Monsieur Gerôme, doña Estefanía, etc., sus viajes por Francia y España y su paso a Buenos Aires, las escasas lecturas de que fue objeto, etc.

Al comienzo del relato, el libro se queja de la actitud de los hombres hacia los objetos y de la falta de comunicación entre ambos

¹¹ Vid, entre los numerosos ejemplos que se podrían traer a colación, *Crónicas reales*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967, pp. 40-41, y *Bomarzo*, *op. cit.*, p. 485.

¹² Invitados en «El Paraíso», Buenos Aires, Sudamericana, 1957, p. 75.

¹³ «Misteriosa Buenos Aires», en *O. C.*, vol. III, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 515.

mundos: el de los hombres y el de los objetos por el orgullo de los hombres que tienen a menos dialogar con los objetos y a quienes lo hacen los tachan de locos:

Nunca entenderé la actitud de los hombres frente a nosotros, los objetos. Proceden como si creyeran que la circunstancia de habernos dado vida los autorizara a tratarnos como a esclavos mudos. Jamás nos escuchan. Supongo que lo hacen por vanidad, por estúpido prejuicio de clase, pues consideran que un hombre es demasiada cosa para detenerse a departir con una alacena, o con una jofaina, o con un tintero. Eso menoscabaría su dignidad. ¡Qué tontos! ¹⁴

Lo que atrae a Mujica Lainez de los objetos es seguramente su eternidad, su eterna vigilia, la «experiencia» que acumulan por su condición de testigos mudos de la vida de los humanos. Esta idea la refleja también el libro narrador de «Memorias de Pablo y Virginia»:

No se dan cuenta de que quienes más aprovecharían del diálogo serían ellos, pues la condición de testigos inmóviles, sin cesar vigilantes, enriquece nuestra experiencia con garantías valiosas. Desde esa posición prescindente, que es un signo de flaqueza, los hombres se aíslan del mundo inmediato y se privan de las mejores amistades. Han decidido quedarse solos y que nosotros quedemos solos entre ellos. Es incomprendible ¹⁵.

Los objetos están continuamente transmitiendo mensajes, las puertas, los crujidos de los muebles, la vocécita de la pluma sobre el papel y los hombres no los captan, de ello se queja el libro narrador:

Fingen continuamente no captar nuestros mensajes. O quizás la costra de orgullo empecinado haya endurecido su sensibilidad de tal forma que no los captan ¹⁶.

Los hombres buscan cualquier explicación a estos mensajes de los objetos menos el ansia de los objetos por comunicarse con el mundo de los humanos y de romper las barreras que los separan; así lo expresa el ejemplar castellano de *Pablo y Virginia*:

Los hombres viven inventando leyes y coartadas para explicar lo más sencillo, lo que no ha menester de números y de axiomas: que estamos aquí, a su lado, que somos sus amigos, que ansiamos

¹⁴ *Ibíd.*, p. 511.

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *Ibíd.*

comunicarnos con ellos (...). Lo curioso es que cuando un hombre, más cuerdo que los demás, se rinde por fin a la evidencia de nuestra cordialidad y acude a nosotros fraternalmente, le enclaustran por loco¹⁷.

El libro adopta el lema que su primer poseedor, Lord Gerald Dunstanville, puso a su escudo: «fari quae sentias» y se decide, cuando ya presiente su destrucción, a contar su historia:

Yo he sido siempre un gran conversador. Se comprenderá, pues, cuánto me ha dolido la indiferencia humana. Condenado a la exclusiva sociedad de los objetos, a menudo me he distraído monologando¹⁸.

Mujica Lainez, después de haber hecho hablar a un libro en *La casa* (1954), perteneciente a la saga de la sociedad porteña, hace hablar a una casa. El libro contaba su vida cuando iba a ser destruido por las polillas:

Ahora, mientras siento en el costado una puntada terrible, me propongo contar la historia de mi existencia¹⁹.

La casa también comienza a contar su historia cuando van a destruirla (la situación inicial es en ambas obras la misma):

Soy vieja, revieja. Tengo setenta y ocho años. Pronto voy a morir. Me estoy muriendo ya, me están matando día a día²⁰.

Como el libro, en algunas ocasiones, la casa lamenta su falta de comunicación con los hombres:

Jamás deploré tanto la falta de comunicación que existe entre el mundo de los hombres y el mío²¹.

En esta novela, los objetos inanimados tienen una capacidad que no tienen los humanos: la propia casa, las estatuas, los cuadros, el tapiz, el techo decorativo, son capaces de advertir las presencias misteriosas que se manifiestan en la casa: el fantasma «El Caballero» y la aparición de Tristán después de su muerte vestido de Arlequín.

También aquí, como en *Bomarzo*, los objetos cobran alma

¹⁷ *Ibíd.*, p. 512.

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 512-513.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 513.

²⁰ *La casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1954, p. 9.

²¹ *Ibíd.*, p. 22.

—«sólo tienen alma ciertos objetos»²²—, se «animan». Los personajes del tapiz y los cuadros le preguntan cosas a la casa.

La casa se queja de la desaparición de los objetos artísticos en las casas nuevas:

Las casas de hoy, gigantes por fuera y pigmeas por dentro, no tienen estatuas, son mudas, no dicen nada, no pueden decirlo²³.

y de que la destruyan a ella que atesora objetos preciosos para construir en su solar unas oficinas.

Otro objeto, un escarabajo egipcio de lapislázuli, talismán creado para la reina Nefertari, es el narrador de la última novela de Mujica Lainez, *El escarabajo* (1982). Este escarabajo va relatando a lo largo de tres mil novecientos años de historia la vida de todos sus poseedores.

Como el ejemplar de *Pablo y Virginia* y como la casa, lamenta no poder hablar, no poder comunicarse con el mundo de los humanos:

Ni adiós le dije a mi señora. ¿Acaso me es dado hablar con un ser humano?²⁴

¡Ah, qué rabia contra la mordaza congénita que me impide hablar!²⁵

El escarabajo tiene por interlocutor durante toda la obra a otro objeto, una estatua de Poseidón.

La capacidad de amor que se atribuye en *Bomarzo* a los objetos es un «leit-motiv» en toda la novela, hasta el punto de que el escarabajo se define como «una enamorada piedra» parafraseando el «polvo enamorado» de Quevedo. A lo largo de toda la obra, el escarabajo recuerda su amor por la reina Nefertari, su primera poseedora, la «adorable reina Nefertari» como él la llama:

Reflexioné entonces largamente sobre la anomalía de mi sino de espectador de los milenios y sobre la exclusividad incommensurable que significa ser fiel a un amor más fuerte que el tiempo²⁶.

En su condición de inmortal, este narrador recuerda a Pier Francesco Orsini, el narrador inmortal de *Bomarzo* y al hada Melusina

²² *Ibíd.*, p. 29.

²³ *Ibíd.*, p. 63.

²⁴ *El Escarabajo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982, p. 10.

²⁵ *Ibíd.*, p. 135.

²⁶ *Ibíd.*, p. 266.

en *El unicornio*. Esta condición de inmortal le permite al escarabajo asistir a grandes acontecimientos históricos:

¿Quién podía jactarse, como yo, de haber asistido a los sensuales retozos de Nefertari y de Ramsés II; a la lectura parcial, por su autor, de una escena de Aristófanes, y al asesinato de Cayo Julio César?²⁷

Su condición de objeto le impide narrar algunos retazos de historia que pasa encerrado en una tumba, en un cajón, perdido en un desierto, etc., pero a veces es un testigo de excepción de algunos hechos y es el único que los observa desde su peculiar punto de vista:

Ninguno oyó aquella manifestación de su regocijo, fuera de este Escarabajo que parece ser el único que tuvo en cuenta su presencia prestigiosa²⁸.

Quizás fue el único capaz de advertir...²⁹

Su Escarabajo fue el único que se percató de que el corazón de su gato se había detenido con el suyo, y que estaba acurrucado, quieto para siempre, debajo de una de las mesas. El Escarabajo era el único, además, por descontado, que aguardaba que un acontecimiento insólito, confirmante de sus singulares sospechas, completase las ceremonias del entierro³⁰.

Ya hemos visto que este interés por los objetos le viene a Mujica Lainez desde su adolescencia y de su posterior vocación de hombre de museo. Jorge Cruz afirma: «Los objetos de Manuel Mujica Lainez manifiestan, ante todo, la pasión de la belleza y de lo insólito, la veneración de lo literario y lo histórico»³¹.

Lo que atrae a Mujica Lainez de los objetos es su eternidad; en ellos está más la historia que en los hombres; el hombre hace la historia pero la guardan los objetos. El hecho de que los presente a veces como narradores puede querer significar una búsqueda de una mayor objetividad: los objetos son testigos implacables de la vida del hombre y dicen lo que a veces éste no se atrevería a decir³². Esta

²⁷ *Ibíd.*, p. 100.

²⁸ *Ibíd.*, p. 62.

²⁹ *Ibíd.*, p. 184.

³⁰ *Ibíd.*, p. 328.

³¹ *Genio y figura de Manuel Mujica Lainez, op. cit.*, p. 14.

³² Dice Oscar TACCA: «Persiguiendo una asepsia cada vez mayor, una neutralidad o abstención más absoluta, el relato ha quedado a cargo de un árbol o una casa. Tal lo que ocurre, por ejemplo, en *La sangre* de Elena Quiroga y *La casa* de Mujica Lainez. Pero —es curioso— no podría hablarse de deshumanización. Paradojalmente, el árbol, la casa, guardan más humanidad que el narrador de muchas novelas contemporáneas», *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 2.^a ed., 1978, p. 48.

búsqueda de la objetividad suele darse siempre que se recurre a un narrador extraño como por ejemplo cuando se busca a un extranjero para juzgar la vida de un país.

Hay también en los objetos de Mujica Lainez una leve crítica a la falta de sensibilidad del hombre que no sabe descubrir las huellas y los mensajes que guardan en ellos.

El interés por los objetos es una de las peculiaridades de la narrativa de Manuel Mujica Lainez.